

Symposium en Valencia

Arquitectura y ciudad; Vanguardia y continuidad

EL problema a que el título del Symposium se refiere puede ser enunciado en términos relativamente simples. Hace tiempo ya que se viene hablando de crisis del Movimiento Moderno y se plantea consecuentemente la pregunta acerca de la «posición» de la arquitectura en nuestro tiempo. Y, sin embargo, la respuesta se presenta bloqueada por una especie de dilema, al parecer sin salida: Por otra parte, ignorar la crisis y actuar como si el Movimiento Moderno estuviera aún vivo, constituye una posición que se presta obviamente a la crítica de que una tal continuidad mecánica equivale en verdad a una traición del espíritu del Movimiento Moderno —aquello por lo que se constituía en un programa de vanguardia—. Pero, por otra parte, aceptar la crisis como punto de partida y buscar una alternativa constituye una propuesta que, por su manera de estar planteada (independientemente de cuál sea su contenido), implica una actitud de vanguardia y supone, por lo tanto, una continuidad. Así, desde un cierto punto de vista, la actitud de vanguardia se presenta, en su misma crisis, como el marco de referencia que inevitablemente limita toda tentativa de superarla. O, viéndolo de otra manera, toda tentativa de saltar por encima de nuestro pasado próximo y buscar, más allá del dramático interludio del Movimiento Moderno, una nueva continuidad, parece quedarse inevitablemente anclada en una continuación de la vanguardia misma.

Sin duda el problema exige un planteamiento distinto, en términos quizá menos simple. ¿Qué significa «vanguardia» cuando hablamos hoy de crisis? ¿Se puede hablar de «vanguardia arquitectónica» en el mismo sentido en que se habla de «vanguardia artística» —o política—? ¿Qué hacer entonces con la vieja e incómoda cuestión de «arquitectura» vs. «edilizia», especialmente en vista de las acusaciones, frecuentemente hoy, de que es precisamente en tanto que «edilizia» —en cuanto a su recepción sociocultural—, como la crisis ha afectado más profundamente el Movimiento Moderno? ¿Y qué hacer con la pretensión (ya casi olvidada hoy) del Movimiento Moderno de haberse divorciado del «arte» (del ámbito de lo estético) para aliarse con la «ciencia» —una cuestión que plantea de nuevo otra vieja e incómoda polaridad de la arquitectura—? ¿Cuál es la naturaleza, entonces, de la continuidad histórica en el caso de la arquitectura —podría la «arquitectura como ciencia» tener derecho a esperar un tipo de continuidad histórica al que no tendría derecho la «arquitectura como ideología»—?

Estas y otras cuestiones que podrían mencionarse aquí indican algunos de los términos en que el diagnóstico de nuestra situación actual podría ser —y de hecho se ha— revisado.

El symposium al que este artículo se refiere en su totalidad tuvo lugar en Valencia los días 21, 22, 23 y 24 de abril de este año. Estuvo organizado por el Colegio Oficial de Arquitectos de Valencia y Murcia.

Los ponentes que intervinieron en el desarrollo del mismo fueron: Kenneth Frampton, Tomás Llorens, Giorgio Grassi, Fernando Montes, R. Maxwell, D. Porphirios, Oriol Bohigas, Ignacio Solá Morales. Actuaron como moderadores Juan José Estellés y Emilio Giménez. Excusaron su asistencia, o no pudieron asistir: Tomás Maldonado, Massimo Scolari, Mario Gandelonas, Rem Koolhaas y Raimon Abraham.

TAL vez la escasa difusión del programa contribuyó a una poca presencia de arquitectos de otros puntos de España al encuentro de Valencia. La mayoría de asistentes: alumnos de la Escuela de Arquitectura de la capital.

Ausencias notables entre los ponentes previstos en el programa inicial. Entre estas, a mi parecer, la de Tomás Maldonado resultó muy desalentadora. Su reciente viaje a Cuba, para la inauguración de la Escuela de Diseño de La Habana, casi prometía la polémica y el distanciamiento de una problemática de la Arquitectura y el Diseño demasiado centrada en occidente.

Giorgio Grassi, al final del coloquio, contestando a la última de las preguntas del público —y desencadenando aplausos con su respuesta— resumió el resultado del Symposium: «... aquí no ha habido confrontación. Esto se ha acercado más a un congreso sobre Filosofía que sobre Arquitectura...» Es inevitable que cuando el fenómeno de la ciudad recubre densamente su propia historia, los resultados y hasta los planteamientos arquitectónicos, la revisión filosófica suponga una vía de recuperación de objetivos profesionales. Conscientemente o no, los profesionales que curiosos y atentos asistimos a este tipo de reuniones, con la mejor buena voluntad estamos contribuyendo a desviar la atención de los verdaderos problemas que el arquitecto no puede, o no quiere o no sabe afrontar: Nuestra inoperancia en el momento actual, para influir en la imagen y en la estructura de la ciudad; la imposibilidad de cumplir una función social desde los conocimientos y las atribuciones de una profesión concebida y asumida como un resultado de la hegemonía burguesa en nuestra sociedad; la dificultad para que el lenguaje arquitectónico —renovado o no— muestre un contenido distinto que el de su propia inercia o su introspección.

La polémica entonces tiene que discurrir por

cauces ya tópicos y la discusión en principio planteada desde puntos de vista éticos o filosóficos, acaba —al discurrir por aquellos cauces— desembocando en el enjuiciamiento formal de los resultados arquitectónicos. La confrontación con la realidad densa y extensa en la que la arquitectura debería inscribirse, acaba dejándose por imposible o por infructuosa. Este es uno de los puntos focales de nuestra crisis profesional: la falta de incidencia de nuestra elaboración teórica y formal en el entorno construido por el hombre, y esto, fundamentalmente, por falta de análisis y respuesta a esa realidad.

Se sustituye la adscripción o la defensa de una estrategia de clase —a escala del globo— por la militancia en un movimiento de élite (1), que sin poder real, es estéril para cualquier fin que no sea el de la supervivencia de la ficción de ese poder inexistente. Cada vez con más insistencia se perfila un lenguaje críptico y se decanta un dialecto elitista que acaba por trascender hasta los vocabularios formales de los ejemplos de arquitectura. Cada vez, con mayor profusión, se intenta extrapolar la discusión y los temas a otros medios profesionales implicando en ella a sectores y profesiones distantes de los nuestros. Búsqueda de argumentos y terrenos donde justificar nuestra impotencia o nuestra ansiedad.

Ante el planteado dilema de Vanguardia o Continuidad, todos los ponentes, a excepción del chileno Fernando Montes (2), se mostraron inclinados a diferenciar previamente las Vanguardias de las «Neovanguardias», incluyendo a estas últimas entre los fenómenos episódicos, poco relevantes y hasta reaccionarios de la historia de la arquitectura moderna. En este sentido abundaron los paralelismos con otros períodos muy anteriores del quehacer profesional. El saldo para el movimiento moderno y específicamente para lo que